UN CRISTIANO DEL SIGLO XX: E. MOUNIER*

Emmanuel Mounier nació el 1 de abril de 1905, hace ahora cien años. Murió muy joven, el 22 de mayo de 1950, a punto de cumplir los 45. Una vida humanamente breve, pero muy fecunda en pensamientos y realizaciones. Su nombre está asociado a la revista *Esprit* y al movimiento personalista, y más concretamente al personalismo de inspiración cristiana. Fue un hombre religioso y piadoso desde su niñez. Su fe pasó por momentos difíciles; tuvo sus pruebas, pero siempre salió de ellas fortalecida. En su actuación pública nunca ocultó ni disimuló su condición de creyente y de hijo fiel de la Iglesia; no fue un cristiano vergonzante, sino explícito y comprometido. Mounier es una de las figuras más egregias de lo que es "ser un cristiano en el mundo", de lo que es una "fe encarnada". La fe cristiana inspiró su pensamiento y también su actuación en la vida pública; pero sobre todo fue la raíz y la fuerza transfiguradora de su vida personal. Fue un hombre de oración y de intensa vida interior; un cristiano que alimentaba su vida espiritual en los sacramentos; un hombre que leía los acontecimientos de su vida, tanto los positivos como los negativos, desde la luz que irradia el Evangelio.

Con motivo del centenario de su nacimiento me ha parecido oportuno recordar, a modo de homenaje, algunos textos suyos que ponen de manifiesto su condición de creyente y hombre de oración. El primero lo escribe en su *Diario* el día mismo en que apareció el primer número de la revista *Esprit*; y los segundos se refieren a su manera profundamente cristiana de vivir la enfermedad incurable de su hija Francisca.

1. Mounier había peleado mucho para poder realizar su proyecto de una revista que fuera el órgano del movimiento personalista. Las dificultades fueron grandes tanto en lo que se refiere a las condiciones económicas como a los problemas de su orientación doctrinal. Después

* *Cresol* (Abril 2005).

de más de dos años de trabajo y reuniones, el 9 de octubre de 1932 salió a la luz el primer número. Mounier contempla en sus manos el primer ejemplar lleno de emoción y lo primero que le dicta su corazón de creyente es ir a la Iglesia a rezar. Así es como lo expresa en su *Diario*:

> "Esta mañana, en la misa de 9:30 de san Sulpicio, detrás del coro, he tenido una efusión de alegría y de plegaria hasta llorar, como no había sentido ninguna vez desde que estuve en Lourdes. La grandeza de este día, algo así como lo que yo pensé que sentiría la mañana de mi boda. Yo estaba allí, de pie entre otros, en el eje del coro. ¿Reposaba mi destino sobre mí? Una gracia simbólica me había puesto en la exacta situación del cristiano. Yo no había podido confesarme y deseaba con fuerza comulgar, pero tenía el alma completamente disminuida y empañada de debilidad. Yo sentía la adhesión de este destino físico que está unido a mi vida: timidez, torpezas, monerías, todos los objetos del "alma delicada". Y mis pecados, los pecados tontos e insulsos. Pero sentía todo el esplendor que caía sobre mí. Del altar venía la luz de las vidrieras y la luz de la Eucaristía, que es verdaderamente la gloria de la mañana; y la luz de la mirada del joven sacerdote, concienzudo y recogido en la lectura de su misa; a mi espalda, después del *Sanctus*, el coro y el órgano de la misa mayor que comenzaba. Sí, era necesario ese día que yo fuera y me sintiera penitente y privado del consuelo de la mañana y que esta alegría que me arrancaba lágrimas naciera de un corazón empañado que sentía la falta de transparencia que había en él como si fuera un viejo vestido. Sentía un fuerte deseo de rezar con una oración de lo más mecánico. Quizás no he sentido nunca todavía con el corazón agitado por la gracia preveniente la abundancia que puede traer la oración; y nunca he sentido que el Ave empujaba al Ave, lo llamaba, lo deseaba incluso, lo engendraba amorosamente y hacía de cada uno un ser nuevo en el mundo. Esto formaba parte quizás del impulso amoroso que ha hecho surgir los milagros del Padre.
>
> Dios mío, si llegara a arrastrarnos algún deseo de gloria es necesario que se sepa, es necesario que los hombres nos vean como tú mismo nos verás el día del juicio y que no multipliquemos el orgullo de nuestras vidas en la mentira de la posteridad. Es necesario que se sepa por nuestro propio testimonio que éramos vulgares, pequeños entre los pequeños y más pequeño que cualquiera de los que yo pueda nombrar alrededor de mí. Es necesario que se sepa que sólo tú has puesto alguna chispa en nosotros y sólo la has hecho brillar porque somos indiferentes al amor infinito que tú das a cada uno [...]. Pero también es necesario, Señor, que sepan que todo lo demás es obra tuya, pues con todo tenemos la mirada clara y llevamos algo de ti. Mi decisión de hace dos años es la consecuencia de lo que tú has realizado en mí, a pesar mío, y a veces con pequeños gestos

míos, desde la mañana de mi primera comunión. Ha sido y será necesario callarse, pues los hombres te ignoran y te temen. Pero quiero que ni un solo día pase sin que tú progreses en mí y sin que tú seas mi mayoría en el fondo de mi corazón. Señor, quiero que de tal modo estés presente en la tarea que tú mismo la rompas desde el interior si no está de acuerdo con tu voluntad. Señor, que mis palabras lleguen hasta tí".[1]

2. Mounier contrajo matrimonio en 1938 con Paulette, una joven belga. Pronto tuvieron una hija, Francisca, que a los siete meses, a consecuencia de una inyección antivirosa, enfermó de modo incurable; los primeros síntomas y molestias acabaron degenerando en una encefalitis. Mounier y su esposa pasaron dos años en la incertidumbre, yendo de médico en médico y probando toda clase de remedios. A veces se producía un alivio en la enfermedad y renacía la esperanza; pero a comienzos de 1940 se vieron forzados a aceptar que la enfermedad era incurable y que la niña estaba destinada a vivir en una misteriosa noche del espíritu. Para los Mounier esto supuso una durísima prueba, un profundo sufrimiento al que tuvieron que hacer frente. Y lo hicieron desde su profunda fe, procurando asumir el dolor con sentido cristiano. Años antes, en 1927, Mounier había pasado ya por la prueba del dolor: con ocasión de la muerte de su amigo del alma Georges Barthelemy. Esa muerte, confiesa, no fue sólo una herida afectiva, sino un verdadero drama metafísico que incluso ensombreció en momentos su fe con dudas. Y cuando se rehizo de esta prueba escribió lo siguiente: "¡Qué cierto es que el sufrimiento nos abre los caminos de Dios! A pesar de lo irreparable, estos días son de los más ricos: por adelantado, se lo rechazaría; después, no se querría haber dejado de vivirlos".[2] Pues bien, la enfermedad incurable de su hija Francisca lo va a poner con más dramatismo ante el misterio del sufrimiento. Veamos algunos textos.

El 6 de octubre de 1939, cuando aún domina la incertidumbre, escribe a su mujer:

> "Todo es posible con los datos que tengamos. Por un lado, la fe me parece como el universo donde no hay catástrofes. Hay desgracias y tristezas, pero nada que pueda producirnos angustia, impotencia o abandono total. Y, además, sabemos que cada prueba no es algo negativo, sino un anticipo de Cristo que nos pide dulcemente: '¿Quieres llegar a ser un poco más, quieres aprender un poco más lo que es el amor, al que la felicidad

[1] MOUNIER, E., *Obras Completas*, [= OC], IV, Salamanca 1988, 571-572.
[2] MOUNIER, E., OC, IV, 487.

aparta?". Con todo mi corazón, con todo nuestro corazón, espero que Francisca sea todo lo que nos gustaría que fuera, pero si Dios quisiera otra cosa, no estoy seguro de que no encontraríamos una alegría espiritual mayor que haciéndola caminar por caminos oscuros que haciendo de ella una mujercita corriente".[3]

Y en otras cartas le sigue escribiendo lo siguiente:

"Gracias por todo lo que me dices sobre la enfermedad de la niña y de tu vida en relación con ella. En el fondo, por un lado, el cristianismo es esto: que se puede hacer oro de cualquier cosa y, si se transfiguran en caridad (en amor), las actividades más materiales en apariencia pueden ser más fecundas que el más brillante de nuestros deseos".[4]

"Qué sentido tendría todo esto si nuestra muchachita no fuera más que un pedazo de carne hundido no se sabe dónde, un poco de vida accidentada y no esta blanca hostia que nos sobrepasa a todos, una infinitud de misterio y amor que nos deslumbraría si lo viéramos cara a cara; si cada golpe más duro no fuera un nueva elevación, que es una nueva cuestión de amor cuando nuestro corazón empieza a estar acostumbrado y adaptado al golpe precedente. Oyes la pobre vocecita suplicando de todos los niños mártires del mundo y el pesar por haber perdido la infancia en el corazón del camino: "Decidnos, vosotros que tenéis amor y las manos llenas de luz, vosotros que queréis dar también esto por nosotros".

Si no hacemos más que sufrir –experimentar, aguantar, soportar– no resistiremos y fallaremos a lo que se nos ha pedido. De la mañana a la tarde, no pensemos en este mal como algo que se nos quita, sino como algo que damos, para no desmerecer de este pequeño Cristo que está en medio de nosotros, para no dejarlo solo en el trabajo con Cristo... No quiero que perdamos estos días porque olvidaremos tomarlos por lo que son: días llenos de una gracia desconocida".[5]

Y el 28 de agosto de 1940 anota en su *Diario*:

"Presencia de Francisca. Historia de nuestra pequeña Francisca que parece deslizarse por días sin historia.

El primer aprendizaje fue superar la psicología de la desgracia. Este milagro que se rompió un día, esta promesa sobre la que se cerró la ligera puerta de una sonrisa tronchada, de una mirada distraída y de una mano sin proyectos, no, no es posible que sea un azar, un accidente. "Le ha sobre-

[3] MOUNIER, E., OC, IV, 729-730.
[4] MOUNIER, E., OC, IV, 734.
[5] MOUNIER, E., OC, IV, 752-753.

venido una desgracia": alguien ha venido, era grande y no es una desgracia. No hemos contado sermones. No había más que quedar en silencio ante este joven misterio que poco a poco nos ha invadido con su alegría. Me acuerdo de mis llegadas con permiso..., con qué angustia la última. Sentía acercarme a esta cuna sin voz como a un altar, como a algún lugar sagrado donde Dios hablaba como por un signo. Una tristeza penetrante y profunda; profunda, pero ligera y transfigurada. Y alrededor de ella, una adoración, no tengo otra palabra. Con toda soguridad, nunca he conocido de forma tan intensa el estado de plegaria como cuando mi mano le decía cosas a esta frente que no respondía nada, cuando mis ojos se arriesgaban hacia esa mirada distraída, que llevaba lejos, lejos por detrás de mí no sé qué acto emparentado con la mirada, un acto que miraba mejor que la mirada. Misterio que sólo puedo ser de bondad; me atrevería a decir, una gracia demasiado grave, una hostia viva entre nosotros, muda como una hostia, resplandeciente como ella. Estos últimos días leía a Brémond. Si toda plegaria verdadera se fundamenta en la muerte de las potencias sensibles, intelectuales y voluntarias, si la fina punta del alma de un niño bautizado, como escribió no sé qué autor espiritual, es puesta en el instante del bautismo en comercio directo con la vida divina, ¿qué esplendores se ocultan en este pequeño ser que no sabe expresar nada a los hombres? Le hemos deseado durante muchos meses que se marchara si tuviera que quedarse así. ¿No es esto sentimentalismo burgués? ¿Qué quiere decir para ella ser feliz? ¿Quién puede decir que ella no lo es? ¿Quién sabe si no e nos ha pedido que guardemos y adoremos esta hostia ante nosotros sin olvidar la presencia divina bajo una pobre materia ciega? Mi pequeña Francisca, tú eres para mí la imagen de la fe. Aquí abajo la conoceréis en enigma y en espejo [...] En esta historia, nuestra "desgracia" adquiriría un aspecto de evidencia, una familiaridad aseguradora o, mejor, no es esta la palabra, una familiaridad comprometedora: una llamada que no denotaba ya fatalidad.

Llegó la guerra y anegó nuestra desgracia en la gran calamidad común [...]; e a guerra ha acabado de curarnos de la enfermedad de Francisca. Tantos inocente · de garrado , tantas inocencias pisoteadas; esta niña inmolada día a día constituía quizás nuestra presencia en el horror del momento. No e puede solamente escribir libros. Es preciso que la vida nos arranque periódicamente de la estafa del pensamiento que vive sobre los acto y lo mérito de otro.

Ahora que la amenaza de abril se ha alejado, ahora que parece que debemo continuar junto , Francisca, hija mía, sentimos que una nueva historia interviene en nue tro diálogo: resistimos a las fórmulas fáciles de la paz firmada con el de tino, eguir siendo tu padre, tu madre, no abandonarte a nue tra re ignación, no acostumbrarnos a tu ausencia, a tu milagro; desde el pan cotidiano de amor y de presencia, proseguir la plegaria

que eres tú, reavivar nuestra herida, puesto que esta herida es la puerta de la presencia permanente contigo.

Quizás sea necesario que nos envidien esta paternidad titubeante, este diálogo inexpresado, más hermoso que los juegos habituales".[6]

Creo que estos textos no precisan comentario alguno. La fe, como ha dicho Mounier, tiene el poder de hacer oro de cualquier cosa: de los logros y de los sufrimientos. De los logros, dirigiendo el pensamiento y el corazón a Dios para ofrecérselos y darle gracias. De los sufrimientos, para transformarlos con amor y oración, en entrega confiada a Dios y en solidaridad, unido a Cristo, con todos los que sufren. Aquí tenemos, más allá de discursos y bellas palabras edificantes, una experiencia genuinamente cristiana, un testimonio personal de lo que Cristo es capaz de hacer cuando alguien se le entrega confiadamente.

[6] MOUNIER, E., OC, IV, 763-764.